

José Javier Alfaro

Escritor

Tudela, Navarra

El silencio

Había ya cumplido los ochenta y cinco años cuando Paulino dejó de hablar. No había causa aparente para ello, pero el hecho fue que, de la noche a la mañana, aquel hombre, habitualmente sonriente y dicharachero, se vistió de tristeza y pintó sus ojos de gris melancolía.

Sus hijos pensaron que debía tratarse de algún tipo de lesión cerebral que le había afectado al habla, por lo que le llevaron a Don Amado, el médico de familia, quien, a su vez, tras haberle hecho un concienzudo examen y no hallar nada anómalo, lo remitió a la neuróloga, Doctora Vera, que, tras llevar a cabo una completa analítica, no encontró causa física alguna que le impidiera la capacidad de hablar.

- Yayo, ¿por qué no me hablas? –le preguntaba insistentemente su nieta Luna, que echaba de menos escuchar los cuentos que le contaba su abuelo por las noches.

El abuelo Paulino se encogía de hombros, mientras intentaba dibujar una sonrisa, aunque sin conseguirlo. Pero seguía sin abrir la boca.

Los hijos de Paulino, por consejo de la Doctora Vera, pidieron visita al afamado psicólogo Nacho Alberite, quien, tras silenciosas sesiones, llegó a la conclusión de que “algo” había ocurrido para que Paulino dejase de hablar y que mientras no se supiese la causa para ponerle remedio, Paulino seguiría, con toda probabilidad, encerrado en su mutismo

Con el tiempo, todo el mundo fue acostumbrándose al silencio de Paulino, que había cambiado algunos de sus hábitos. Como buen agricultor, seguía viviendo al ritmo que marcaba la luz del día y, nada más levantarse y desayunar, montaba en su bicicleta para cuidar del huerto que tenía en las afueras del pueblo, donde cultivaba con mimo unas verduras que hacían las delicias de familiares y amigos. Eso sí, cada vez era mayor el tiempo que pasaba en el huerto y ya no acudía al bar del pueblo para echar la partida de cartas después de comer. Lo que no había cambiado era la costumbre de acompañar a su nieta Luna, cuando iba a dormir, aunque ya no le contaba cuentos. Era Luna precisamente la que más le insistía:

- Yayo, ¿por qué no me hablas? Ya no me cuentas cuentos y nadie sabe tantas historias como tú. Si las has olvidado, léeme al menos algún cuento de los libros que tengo.

Paulino se limitaba a acercarle los libros y, como si hubiesen cambiado los papeles, acabó siendo Luna la que leía cuentos a su abuelo, silabeando y con dificultades, porque, a sus cinco años, hacía poco que se había iniciado en la lectura.

Llegó el verano y, como todos los años, Luna se marchó con sus padres a pasar un mes de vacaciones en un camping cerca de la playa, al que acudían habitualmente. En la casa del pueblo quedó el abuelo Paulino con el mayor de los hijos, Alejandro, que era soltero.

Nunca olvidarán el día que regresaron a casa. El abuelo salió a recibirlos y, ante el asombro de todos, le dio un fuerte abrazo a su nieta y, recuperando la mejor de sus sonrisas, exclamó:

- ¡Pero cuánto has crecido y qué morena vienes! ¿qué tal lo habéis pasado?, ¿has leído mucho, Luna?

Aquella noche, Paulino, como siempre, acompañó a Luna al ir a dormir. Con todo el misterio que pudo, abrió una caja. Dentro de la caja había un paquete envuelto en papel rojo con una pegatina que decía “ESPERO QUE TE GUSTE”. Luna lo desenvolvió con impaciencia y dio un fuerte abrazo a su abuelo, al comprobar que le había regalado una colección de cuentos.

- Te voy a leer el primero de ellos –le dijo- creo que hace mucho tiempo que no te cuento ninguno a la hora de dormir.

Paulino fue leyendo el cuento con un perfecta dicción “Érase una vez...”, hasta que Luna quedó profundamente dormida.

Ninguno de los miembros de su familia le preguntó nada, sorprendidos como estaban de que hubiera vuelto a hablar, de la misma manera tan repentina como dejó de hacerlo. Y mucho mayor fue la extrañeza cuando, durante el desayuno del día siguiente, Paulino se puso a leer en voz alta las noticias del periódico, porque Paulino, con todo su bagaje de historias que sabía contar, no había aprendido a leer, pues no pudo acudir de niño a la escuela, al quedarse huérfano y tener que cuidar de las ovejas en el monte.

Poco a poco fue desvelándose el misterio. Paulino dejó de hablar la noche en que su nieta le pidió que le leyera un cuento. No se atrevió a decirle que era analfabeto, que no sabía leer. Pero al día siguiente, fue a hablar con Don Mariano, el maestro jubilado, para que le enseñase a leer, prometiéndose a sí mismo que no volvería a hablar con ninguna otra persona mientras no aprendiese a leer. Así que, durante aquellos meses de silencio, en vez de acudir al bar a echar la partida de cartas, Paulino acudía a casa de Don Mariano, procurando que nadie le viera, y se llevaba al huerto los cuadernillos que el maestro le había dado para iniciarse también en la escritura. Tenía la enorme ilusión de que algún día podría leerle cuentos a su nieta Luna.

Fue así como Paulino volvió a ser el de siempre. Bueno, un poco más hablador que antes, pues al terminar de echar la partida con sus amigos, como quien quiere recuperar un tiempo perdido, les contaba tanto las antiguas historias que sabía por haberlas escuchado de otros pastores, como las nuevas historias que venían en los libros que no dejaba de leer a Luna por las noches.